

# JORGE CACERES EL PRISMA CARDIENTE

Por Braulio ARENAS

Hace algunos años (pues de Cáceres se puede hablar de algunos años), hace algunos años vividos, años del sueño o de la poesía, yo le explicaba cuánta satisfacción experimentaría — y la escena se abre sobre una especie de naturaleza muerta ideal — si un personaje inmóvil entrara en la relación de un sistema coordinado de objetos sensibles con piel nerviosa, y de la punta de los pies siguiera las evoluciones de un horla vuelto visible por la luz negra. Toda la escena debería mantenerse en equilibrio por un exceso de tensión, un paso no previsto por el murciélago gesticulante abatiría la existencia como una redoma en el sueño. La "situación" debería durar tanto como lo requiriera el horla para no fallar su ademán final. En la fracción de un segundo, lo que tarda la muerte en producirse o el sueño en soñarse, los siguientes movimientos deberían ser ejecutados: El horla se acercaría más a la mesa en la cual el personaje se ha mantenido en la punta de los pies durante las evoluciones de su partenaire. Un brevísimo resplandor (como de calcio), permitiría entrever que todo el juego se basaba en un quid-pro-quo horroroso, pues, mientras nos imaginábamos que era el uno quien giraba en torno del otro para seducirle y encontrar así la mayor impunidad en el momento del ataque, era, por el contrario, el personaje quien sujetaba la capa de su adversario con el movimiento rectilíneo de sus pies, esta capa de mágica protección, y quien la extendía como un mantel "para poner la mesa", y la hacía jugar un papel importante en aquella naturaleza muerta ideal. El horla se acercaría, digo, y con un ademán de sabio preocupado por la resolución de su problema, la arrancaría de cuajo de su sitio (como en el ejemplo clásico de la física recreativa) y la haría revolotear en el momento siguiente por encima de su cabeza. Sólo entonces la música estallaría.

Bien entendido, cuando con Cáceres discutíamos esto que podría considerarse un paso en el vacío, no dejaba de maravillarnos lo que el sueño podría brindarnos cuando un horla arrebatara con un gesto brusco la sábana de la realidad y, falto de ese mínimo apoyo, nos precipitara en el sueño para siempre. O cuando, con ese mismo gesto, el lienzo de la noche se borrara y disfrutáramos, de ahí para adelante, de un mediodía permanente. O cuando la superficie del mar desapareciera en un segundo (tiene que ser en un segundo), y viéramos sirenas en los restos blancos de los galeones, o cuando la poesía, o cuando el espejo, o cuando...

Teníamos que poner palabras a la imaginación, pedir una tregua al misterio para tomar un vaso de agua mineral, pero, si toda cosa se vuelve faz nocturna, las burbujas que ascendían del fondo del vaso a la superficie iban a coagularse en aves de especies desconocidas.

Unos años. Cáceres se puede hablar de algunos años), sólo a través del prisma su mirada iba a posarse en los objetos. El ha descrito la experiencia del prisma: "El prisma que yo conducía al ojo, hacia 1938, transformaba tu sombrero rosa en el corazón de la esfinge, y tu pequeño guante de tela, en un bouquet de cabellos sin fin, al fondo de un fondo magnético. Me había habituado a esa ruta que solía conducirme a una segunda vida, que yo designaba con el nombre de sistema "afectivo-negativo". Con sólo colocar ante la vista un prisma de cristal, la naturaleza comenzaba a jugar un rol mágico". Estuvo a punto de perder la vista con el prisma, de perder de vista la realidad, aunque bien mi-

radas las cosas, Cáceres volvía a la realidad irregularmente, hacía "apariciones", no describía su expedición maravillosa, se aprestaba a partir de nuevo. Como en la espiral kantiana, el yo de su objeto era un objeto visible sólo en la medida de la realidad de la poesía. Esa espiral interior que se cerraba angustiosamente sobre un Fin, iba abandonos de él la imagen liberada de la utilería monótona del mundo. Pues, mientras sus pasos estaban contados, Cáceres volvía a la vida su rostro sereno, escuchaba el rumor del mar, aspiraba la brisa, balanceaba en su mano un racimo de uvas. Tal vez un día sus ojos se llenaron de lágrimas. Yo no lo sé. Sonreía y nos exponía el fruto de su expedición. Y este fruto, su vocabulario poético al que las aves, las estrellas, las nubes, prestaban ciertas señales de referencia, este fruto lo depositó en nuestras manos desde su niñez.

Cuando en 1938 nuestras preocupaciones nos llevaron a sistematizar en un grupo nuestras experiencias surrealistas, Cáceres, en esa escuela de iniciación de Mandrágora, llevó el latido de su corazón purísimo. ¿Este será el momento? Yo no lo sé. Pero hay que decir de una vez por todas, cómo llevamos surrealismo en nuestro corazón. Y corazón es una manera de decir. En 1935, y esto es para dejar las cosas en claro, Enrique Gómez y yo intercambiamos "las primeras ideas" de una organización terrorista (bien entendido, terror, pánico, sentido ilegal de la vida, amor, poesía, placer, violencia, automatismo, actos negros, entusiasmos, sueños, delirios, moral y pureza en su más puro sentido etimológico), de una organización que iría a buscar en la copa de la vida el más claro enunciado del placer. Sólo años después, y la llegada de Teófilo Cid nos daría el número, número mágico naturalmente, y, si se pudiera decir, número involucrado en la trigonometría del espíritu surrealista, por mucho que su sans facon nos prometiera inaugurar espectacularmente un ciclo de provocaciones directas a la realidad, sólo años después, con Jorge Cáceres — ¿y me atreveré a decir que ahora está muerto? — la cerradura iba a corresponder a su llave, el ojo a su mirada, el misterio a la vida.

Mas, de pronto, Cáceres frente a la noche, al espejo, frente al mar de su frente, en su lecho dormido de un sueño, su imagen se hizo múltiple. Como Jacques Vaché, como Jacques Rigaut, como René Crevel, un leve esfuerzo físico le basó para tomar la capa con sus manos, la capa bajo la cual yacía, y aunque después, ninguna apariencia de desorden indicara el cambio, y aunque los "objetos" interiores y exteriores conservaran el equilibrio acostumbrado, algo nos indicaría, a nosotros los poetas surrealistas, que tanta elegancia, que tanta tranquilidad, que tanto silencio, no estaba en el programa. Cuando ese día jueves yo contemplaba su rostro en el espejo, bien sabía yo que Cáceres no participaba en esa fúnebre ceremonia. Tanto para él, como para sus amigos, y pienso naturalmente en Breton, en Péret, en Ernst, en Hérold, en Cid, en Gómez, en Rosenblatt y en mí mismo, su muerte sería una experiencia, una experiencia surrealista. Un mediodía permanente se abre para él, un océano se abre, se abre un espejo: la poesía.

No digo que Cáceres no haya asistido al funeral, no haya mirado las cruces de estupor, el apogeo civil, pero sólo como espectador, como quien cumple una obligación; la verdadera vida está en otra parte. Tu verdadera vida; adiós amigo mío, adiós mi poeta, adiós mi purísimo, mi perfecto, mi luminoso Jorge Cáceres. No puedo más.